

Jorge Accame

ANTIGUOS
CUENTOS DE
RUJAS

Ilustraciones de Fernando Falcone



Accame, Jorge

Antiguos cuentos de brujas / Jorge Accame ;
ilustrado por Fernando Falcone. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2015.
120 p. ; 23x17 cm.

ISBN 978-987-628-366-3

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Falcone,
Fernando, illus. II. Título
CDD A863

Diseño: Juan Balaguer

Primera edición: junio de 2015

© Jorge Accame, 2015

© de las ilustraciones, Fernando Falcone, 2015

© de la presente edición, Edhasa, 2015

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires

info@edhasa.com.ar

<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona

E-mail: info@edhasa.es

<http://www.edhasa.es>

ISBN: 978-987-628-366-3

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del
Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o
total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante
alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Arcángel Maggio División Libros

Impreso en Argentina

Prólogo

Existió una época en que los hombres, ignorantes de la paternidad, veían a sus hembras parir criaturas misteriosamente y convertirse en diosas que regían el mundo. Cuando descubren que son ellos quienes fecundan a las mujeres y no las aguas de los ríos ni los vientos estivales, las diosas pierden oficialmente su poder y se refugian en lugares incómodos desde donde observan y son observadas con desconfianza. Pero no tardan en reaccionar: transforman su debilidad en fuerza; resurgen de sus cuevas oscuras remendando virgos, preparando filtros que sanan o devastan, volando en escobas contra la noche, separando las cabezas de sus cuerpos. Expertas ilusionistas, sorprenden otra vez a los hombres que sin darse

cuenta vuelven ingenua y mansamente a sus dominios.

Este es un libro de antiguos cuentos compuestos por hombres que hablan de mujeres. Ofrezco una versión de los textos –más o menos libre según el caso–, como un homenaje a estos narradores magníficos y honestamente perplejos.

Breves apuntes sobre los cuentos

En *El ciervo*, el encuentro de Odiseo con Circe intenta conservar el tono homérico, pero toma un desvío –pienso que verosímil– hacia la antropofagia.

La antorcha remite a uno de los motivos del mito de Medea, seguramente no el más conocido, y muestra a este personaje en toda su apasionada crueldad y devoción.

En *Un velorio* rozo apenas el bello y breve episodio que refiere Petronio en su *Satiricón*.

He tomado dos relatos de Apuleyo. Uno lleva el nombre de *Ípata*, la ciudad de Tesalia. El título del segundo, *Telifrón*, alude a los sonidos que provocan confusión y conflicto.

La iniciación elabora un relato con las brujas de *Macbeth*, de Shakespeare. He debido inventar un

punto de vista, imposible en la obra de teatro. Sólo espero que esta nueva perspectiva no le resulte incómoda ni al lector, ni al espectador.

Por último, en *Un rancho*, he trabajado un episodio de *La Tierra Purpúrea*, de Guillermo Hudson. No se trata de un texto antiguo, pero lo he incluido porque los temas del aquelarre y de la salamanca sí lo son y porque me parecía, desde donde escribo, que el libro estaba incompleto sin una jornada a caballo por los campos del sur. Aunque mantengo la estructura del relato original, he optado por trazos más gruesos en algunos de los personajes.

El ciervo



I



ía aciago. Esta mañana llegamos a Telépilo de Lamos, la famosa ciudad de Lestrigonia. Amarramos la nave a un peñasco y envié a tres hombres a explorar aquellas tierras. Vimos cómo, ya en la playa, conversaban con una muchacha. Ella los condujo hacia una muralla cercana de la cual salieron cientos de guerreros que los atacaron con piedras. Luego de matarlos, atravesaron los tres cuerpos con palos de puntas afiladas y comenzaron a asarlos como si fueran peces, delante de nuestros ojos, desafiándonos. No estábamos en condiciones de enfrentarlos, nos superaban en número de veinte a uno. Desenvainé la espada que llevaba junto al muslo y corté las amarras de mi nave. Exhorté a mis amigos para que batieran los remos y

nos alejamos de allí. Algunos, los más audaces, querían regresar por la noche, sorprender a los asesinos después del festín y decapitarlos mientras dormían. Para tranquilizarlos, les dije que nos vengaríamos algún día, aunque en mi corazón tenía la seguridad de que no volvería a arriesgar a ninguno de mis hombres a un destino tan horrible como el de ser devorado por un semejante.

II

Hoy hace siete días que desembarcamos en la isla de Eea.

Necesitábamos descansar y olvidar aquellos gritos desgarradores y el olor de la carne quemándose en la hoguera. No pretendíamos molestar a nadie. Sólo quedarnos unos días, con las olas del mar lamiendo mansamente nuestros pies.

Pero al tercer día de ocio, mi ánimo empezó a impacientarse. Dejé a mis amigos en la playa, cargué mi lanza y partí hacia el interior de la isla a explorar. Trepé por una montaña de ladera escarpada y cuando llegué a la cima miré en distintas direcciones. Al norte vi el humo que salía de un palacio rodeado por un bosque de encinas. Pensé en descender e ir yo mismo a

